

SAN SATURNINO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Día 11 de febrero

P. Juan Croisset, S.J.

En la terrible persecución que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, no satisfecho su encono con las innumerables crueldades que ejecutaban cada día con los cristianos, se extendió su perversidad á prohibir con rigurosísimas penas todas las funciones, ritos y sacrificios de la religión, llegando su furor al extremo de mandar arrojar á las llamas las Santas Escrituras, con el fin de extinguir todos los medios que pudiesen contribuir á conservar el sagrado depósito de la fe. Por temor de tan impíos decretos se vieron los cristianos en la precisión de celebrar los divinos Oficios en los cementerios, catacumbas, cenáculos y lugares más ocultos; en cuyos congresos santos participaban del cuerpo y sangre de Jesucristo, y se esforzaban mutuamente á padecer por su amor.

Supieron los magistrados de Abitina, ciudad de la provincia pro-consular de África, que en casa de un ciudadano principal, llamado Octavio Félix, se reunían varios cristianos á celebrar sus misterios, con la cautela observada y necesaria en aquellos calamitosos tiempos, y que Saturnino, como sacerdote, ejercía las funciones propias de su ministerio; y, queriendo dar pruebas de su celo sobre el cumplimiento de los edictos imperiales, le mandaron prender con los fieles que asistían á tan santo congreso, que fueron: sus cuatro hijos; Saturnino y Félix,

lectores; María, virgen consagrada á Dios, é Hilariano, niño de poca edad; Dativo, senador de la ciudad; Félix, Emérito, Ampelio, Rogaciano, Rogato, Genaro, Casiano, Victoriano, Vicinio, Ceciliano, Restituta, Primeva, Givalio, Pomponia, Segunda, Genara, Saturnina, Martino, Margarita, Honorata, Matrona, Cecilia, Victoria y otros, hasta cincuenta confesores de Jesucristo, todos los que sellaron con su sangre la hermosa corona del martirio.

Esta confesión gloriosa les valió el primer triunfo que consiguieron en el mismo lugar donde Fundano, obispo de aquella ciudad, tuvo la flaqueza ó debilidad de poner los sagrados libros en manos de los gentiles, y donde la Justicia divina había ostentado su poder por medio de una lluvia imprevista que, cayendo estrepitosamente cuando el cielo parecía estar más sereno, apagó la hoguera encendida por los paganos para abrasar los santos códigos, acompañada de un furioso granizo que arruinó todo el país, haciendo ver se armaban todos los elementos para la defensa del atentado sacrílego. Sin embargo de tan raro portento, que no intimidó á aquellos implacables jueces, para que la causa de tan ilustres prisioneros hiciese aún más ruido, no queriendo por sí resolver sobre la condenación de ellos, les hicieron conducir entre cadenas á la capital de Cartago, donde, presentados al procónsul Anolino con el proceso instructivo, trató ante todas cosas de averiguar la verdad de aquella causa, valiéndose de cuantos medios pudo sugerirle el enemigo de la salvación; pero, conociendo ineficaces todos sus esfuerzos para rendir á la santa comitiva, le pareció conveniente atormentar separadamente á sus individuos.

Deseoso el procónsul de saber si con efecto era Saturnino el autor principal que reunía á los fieles en los congresos sagrados que fueron la causa de su prisión, después de haber hecho atormentar á Emérito y Dativo,

preguntándole sobre este particular, aunque Emérito, lector, dijo en alta voz: *Yo soy el que debe llamarse autor de las asambleas, porque siempre he franqueado mi casa para que las celebren los cristianos;* disimulando la cólera el tirano por entonces, por no interrumpir el interrogatorio de Saturnino, exigió de él la contestación, y confesándolo así ingenuamente con expresiones sentenciosas, dignas de la sabiduría y del valor de un sacerdote cristiano, que tenía por su sagrado carácter el honor de ir á la cabeza de los otros mártires, á quienes debía dar ejemplo en la confesión y fortaleza, el soberbio procónsul, en tono bastante airado, principió á reprenderle diciendo: *Pues ¿cómo te atreves á obrar así contra los decretos imperiales?—Porque mi ley así me lo manda,* respondió el Santo, *y es función propia de mi carácter.* Concibió tal ira Anolino al oír estas palabras, que fueron las únicas satisfacciones á las muchas reconvenciones que le hizo sobre la criminalidad de semejantes procedimientos, que mandó azotarle con la mayor crueldad. Arrojárónse los verdugos al venerable anciano con tanta rabia, que, no contentos con los instrumentos regulares en la ejecución de aquel castigo, despedazaron su cuerpo, dislocaron sus miembros hasta el extremo de aparecer sus entrañas, con horror hasta de los mismos paganos, sin que se le oyesen otras quejas de tan brutal proceder que clamar al Cielo con las expresiones propias de un espíritu abrasado en el amor divino, diciendo: *Señor mío Jesucristo, yo te ruego me oigas: ten de mí misericordia, Dios mío; yo te doy gracias: asísteme por tu infinita bondad.*

Hizo en seguida el tirano comparecer á Saturnino, hijo del antecedente, y ponerle á la vista de su padre, persuadiéndose que se intimidaría su espíritu con tan horroroso espectáculo; pero fue tan al contrario, que concibió mayor brío y deseo de ser participante de los triunfos que miraba. Reconvenido por el procónsul si era

cierta su asistencia á los congresos sagrados y la retención en su poder de las Santas Escrituras, como lector de los cristianos, respondió con valentía: Por lo que toca á éstas, *las tengo grabadas en mi corazón; y en cuanto á aquéllas, no puedo faltar siendo, como soy, cristiano.* La repetición de estos hechos, única satisfacción á las muchas réplicas que le hacía Anolino, irritó en tales términos su ánimo, que mandó atormentarle cruelmente en el mismo potro donde se hallaba el padre, y, bañándose en la sangre del que le dio el ser, confesaba públicamente le servía de la mayor gloria.

Cansados los verdugos, y no menos el tirano, quiso explorar á los demás fieles á la vista de los mártires, discurriendo que el horror de aquel estrago sería capaz de acobardarles; pero, ansiosos todos de padecer por Jesucristo y de ser compañeros en la gloria como lo fueron en las funciones sagradas, respondieron á una voz: *Somos cristianos, y como tales dispuestos á sufrir gustosamente toda clase de tormentos en defensa de los sagrados congresos y Santas Escrituras.*

No fue menos fuerte el sexo femenino de las ilustres matronas comprendidas en la santa comitiva; antes bien, con valor superior á su debilidad, toleraron alegres los más exquisitos tormentos de que se valió el procónsul para rendirlas, brillando el poder divino en todos y en cada uno de aquellos héroes, contra el poder del Infierno que, lleno de confusión, vio su constancia.

A Victoria, una de la ilustre sociedad, flor de las vírgenes, santísima por su religiosidad, recomendable por sus costumbres, hermosa en extremo, pero más brillante por su eminente virtud, distinguió el procónsul como hermana del senador Fortunato, y convidándola con la libertad en el caso de querer vivir en compañía de su

hermano, la Santa despreció su oferta, respondiéndole que, siendo como era cristiana, sólo eran hermanos suyos los que guardaban los preceptos del Dios verdadero, no de los falsos; en vista de lo cual la condenó á morir con los demás mártires.

Lo que más llenó de asombro á los circunstantes fue la generosa resolución del niño Hilariano, hijo de Saturnino, presbítero, á quien discurrió el tirano pervertir por sus pocos años; pues, preguntado sobre la misma causa, deseoso de ser participante de los triunfos de su padre y hermanos, confesó con valor excesivo á su edad: *Soy cristiano, y, como tal, deseo seguir la práctica laudable de mi religión, dando mi sangre en testimonio de mi firme adhesión á ella.* Amenazóle el tirano con que le mandaría degollar y cortar las orejas y narices en señal de infamia; pero, despreciando semejantes amenazas, sufrió con no menor brío que los adultos los exquisitos tormentos á que le condenó el bárbaro, olvidado de la natural compasión que inspiran los pocos años; logrando todos los dichos valientes soldados de Jesucristo la inmarcesible corona del martirio, por el año 303, en la prisión á que fueron destinados después de atormentados, donde murieron en diferentes tiempos, unos de las heridas, otros por la inmundicia é infección del calabozo, y la mayor parte de hambre y miseria; á lo que dieron lugar los urgentes negocios ocurridos al procónsul, tocantes á su ministerio, los cuales le impidieron concluir prontamente el sacrificio que con tanta crueldad empezara, y que sólo sirvió para gloria de Dios en sus santos.

La Misa es la cotidiana de difuntos, y la oración la siguiente:

¡Oh Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la

remisión de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdón que siempre desearon de ti! Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del cap. 11 del Apocalipsis.

En aquellos días: Oí una voz del Cielo que me decía: Escribe: bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES

Vívase como se quisiere, entre la opulencia, entre el esplendor y el regalo, ni la nobleza, ni las riquezas, ni los honores, nada puede eximirnos de las miserias de esta vida. Todos vivimos en la región del llanto; no nace en ella la risa sino á fuerza de artificio. El decreto que condena los hombres al trabajo es universal; ninguno se exime de él; ni las condiciones, ni los estados, ni aun las mismas edades dispensan á nadie de esta ley. Antes que se pueda, por decirlo así, derramar sangre, ya se entra en el mundo derramando lágrimas. Nacen con nosotros los dolores y las pesadumbres. No siempre el trabajo corporal es el que más fatiga; el alma y el corazón tienen sus penas, tanto más duras cuanto menos visibles. Las cruces interiores son las más pesadas. Nunca más amargamente se gime que cuando se gime en secreto. Comienzan á correr las lágrimas desde la cuna, y no se seca el manantial ni aun con los rayos del trono. Esta es la suerte de todos los hombres del mundo: ó trabajos del cuerpo, ó cuidados del ánimo, y muchas veces unos y otros. No hay que esperar calma ni reposo hasta que se acabe la vida. Dichoso aquel á quien el Espíritu dice que descanse después de sus trabajos. La alegría llena, la tranquilidad fija, el descanso dulce, sólo reinan en la Patria Celestial. Pero advierte que este descanso es

premio de las buenas obras, y que solamente á los muertos que mueren en el Señor se les dice que descansen de sus trabajos.

El Evangelio es del cap. 6 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del Cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Cómo puede Éste darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día.

MEDITACIÓN

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

PUNTO PRIMERO.—Considera que es cierto que hemos de morir. Pero ¿cuándo? ¿Será presto, será tarde? No sabemos ni una palabra; lo que hay de cierto en la materia es, que el día de hoy puede ser el último de nuestra vida; que siempre se muere antes de lo que se piensa, y que el Hijo del Hombre ha de venir cuando menos se le aguarda. Por más prevenido que estés, siempre te cogerá de repente. ¿Qué será si no haces alguna prevención?

Pocas muertes hay que no sean repentinas, y todas son súbitas respecto del que muere; todo parece que conspira á engañar á un moribundo, y hasta él mismo se pone de acuerdo con los que le engañan. ¿Qué hombre

has visto morir, que no se prometiese vivir por lo menos hasta el día siguiente?

¡Gran manía! Sábese que la muerte es inevitable; pero siempre se la considera allá al fin de una carrera muy dilatada, allá á unos grandes lejos, en una edad muy avanzada. Llega esta avanzada edad, y nunca lo es tanto que nos quite la esperanza de vivir por lo menos otro año más. Por robusta que sea nuestra salud, desde la vida á la muerte no hay más que un solo paso. ¿Dónde se hallará un hombre prudente que quiera asegurarnos un año más de vida, poniendo á peligro la suya? Sin embargo, yo expongo á peligro mi salvación por dilatar hasta el año que viene el convertirme.

Ignora el hombre el fin de sus días, dice el Sabio. Como el pez que juguetea en las aguas, y como el pajarillo que revolotea en los aires, se hallan presos de repente, aquél en el anzuelo y éste en el lazo; así los hombres se dejan prender infelizmente de la muerte, cuando pensaban gozar los más alegres días de la vida.

De todos aquellos que sabemos haber muerto el año pasado, ¿había siquiera uno que pensase morir en aquel año? Y de todos los que viven en el año presente, ¿habrá siquiera uno que juzgue seriamente que no ha de vivir más que este año sólo?

¿Quién podrá asegurarme hoy que tengo de vivir mañana? Luego es cierto que me puedo morir hoy. Y este día decisivo de mi suerte ¿sería principio de una dichosa eternidad, si el día de hoy fuese el postrero de mi vida? Estremézcome al oír esta proposición; basta este solo pensamiento para asustar mi conciencia. ¡ Ah! Si dentro de dos horas hubiera de parecer ante el Tribunal de Dios; si fuera preciso dar cuenta al Supremo Juez del tiempo que he perdido, de los auxilios, de las gracias que he

malogrado, ¿qué sería de mí, tan cargado de pecados, sin haber dado principio á hacer penitencia, si dentro de pocas horas hubiera de oír mi última sentencia sin apelación? El caso puede suceder; ¿quién me asegura que no me sucederá?

PUNTO SEGUNDO.—Considera qué locura sería la de un caminante que, en la víspera de un largo viaje, en lugar de hacer las prevenciones necesarias para la jornada, sólo pensase en fabricar casas que no había de habitar, en adquirir haciendas que no había de gozar, en contraer nuevas amistades, en estrechase con conocimientos que el día siguiente había de romper. Y ¿tenemos nosotros más juicio cuando procedemos como si hubiéramos de vivir eternamente? ¿Qué hacemos cuando no pensamos en la muerte?

Si supiera que había de morir mañana, me dispondría hoy para morir. Pero ¡ah, que quizá será antes de mañana! Puedo morir esta noche, puedo morir en este mismo momento. Si me sucediera esto, ¿me cogería la muerte prevenido? ¿Y me cogerá más si muero sin pensar en ella?

Uno que estuviese condenado á muerte por sentencia irrevocable, ¿podría alegrarse y no pensar más que en vivir, sin haber perdido el juicio? Pronunciada está la sentencia de muerte contra todos los hombres; condenados están á morir, y á morir no más que una vez. Un Dios es quien nos ha condenado á muerte, y de esta suerte depende nuestra felicidad ó nuestra infelicidad eterna. No se muere más de una vez, y mientras tanto ninguno piensa en morir. ¿Es cosa tan fácil morir bien? ¿Es cosa indiferente morir mal?

¡Qué cosa tan terrible es morir sin estar prevenido! Y ¿cuánto tiempo nos parecerá necesario para estarlo?

¿Bastaría un mes para ponernos en estado de comparecer ante el espantoso Tribunal del Soberano Juez? Los negocios de la conciencia, treinta, cuarenta años de una vida estragada, ese confuso caos de iniquidad ¿podrá aclararse en pocas semanas? Pues ¿cuánto tiempo pensamos dedicar á esto? ¿Y estamos asegurados siquiera de un solo día?

i Mi Dios! Aun los que más hubieren pensado en la muerte, se hallarán todavía sorprendidos. Pues ¿qué será de los que nunca pensaron en ella, de los que ni aun quieren que otros piensen?

i Cosa extraña! Sólo no se piensa en la incertidumbre de la muerte por lo que toca á la salvación; pero, en atravesándose algún interés temporal, no se piensa en otra cosa. Compañías de comercio, contratos matrimoniales, escrituras públicas, convenciones particulares, todas están llenas de prudentes precauciones contra esta fatal incertidumbre. No sabemos (se dice) lo que puede suceder; somos mortales; es prudencia prevenir los accidentes de la vida. Bien dicho. Pero por la salvación, por los negocios de la conciencia, por asegurarnos una eterna felicidad, ¿qué prevenciones se hacen? ¿Qué precauciones se toman?

Señor, y después de todas estas reflexiones, ¿incurriré yo en la misma falta? No, dulce Jesús mío; no quiero yo más arriesgar mi salvación; de hoy en adelante miraré el día presente como si fuese el postrero de mi vida; viviré, mediante vuestra divina gracia, como si en aquel día hubiera de morir.

JACULATORIAS

Haced, Señor, que siempre tenga presente la brevedad de la vida, y la incertidumbre de la hora de la

muerte.—Ps. 101.

**No me cortéis, mi Dios, en medio de la carrera.—
*Ibid.***

PROPÓSITOS

1. Pudiendo ser cada día el último de la vida, ¿no será la mayor de todas las locuras que se pase un solo día sin pensar en la muerte?

¿Y has pensado mucho en ella? Cada día puede darse la sentencia en el proceso de que pende tu felicidad ó tu infelicidad eterna. Piensa todas las mañanas si están los autos bien preparados; si serán ó no serán menester nuevas luces, nuevos documentos; si te resta algo que hacer para ponerlos en buen estado. Todo cuanto se presenta á la vista es imagen ó, á lo menos, recuerdo de la muerte. Ruinas de edificios antiguos, magnificencia de los nuevos, revolución de las estaciones, sucesión regular de las horas y de los días, rapidez del tiempo, curso de los astros, todo nos está predicando la muerte con la lengua muda. Las modas que ya no se usan, los muebles que se gastan, las historias, las pinturas, todo es recuerdo de la muerte. Pues no seas tú sólo el que echas de ti ese pensamiento; da oídos á todo lo que te está clamando que también tú has de morir.

2. Puesto que la hora de la muerte es incierta, y que ciertamente, por más vigilante que estés, siempre te ha de coger de improviso, guárdate bien de dilatar para la hora de la muerte lo que tú mismo puedes hacer en vida: v. gr., confesiones generales, ó extraordinarias, reconciliaciones con los enemigos y restituciones. Desengáñate, que la última enfermedad sólo es oportuna para ejercitar la paciencia. No nos manda el Salvador

que nos dispongamos entonces, sino que estemos ya dispuestos. Examina si te resta algo que hacer, y descende á cosas particulares. Mira bien qué regla, qué buena obra, qué devoción has omitido. Ofrece hoy alguna oración ó alguna limosna por las ánimas del Purgatorio. La vista de la sepultura es una medicina muy eficaz para curar las dolencias del alma. No hay pasión que no se modere cuando se piensa en la muerte.